



ÉTIENNE GILSON

La unidad de la experiencia filosófica

Edición de Carlos Amable Baliñas Fernández,
Rialp, Madrid, 2004, 280 pp.
ISBN 978-84-321-3210-1 (*Unity of Philosophical Experience*, 1938)

El espíritu de la Filosofía Medieval

Traducción de Ricardo Anaya, Rialp, Madrid,
2004, 441 pp.
ISBN 978-84-321-3492-9 (*L'esprit de la philosophie médiévale*, 1932)

Algún lector curioso y levemente malintencionado podría preguntarse qué pinta una reseña de un par de libros de Etienne Gilson en una revista de Estudios Culturales. Bien, sólo hacen falta tres pasos para establecer esa conexión. En primer lugar, puede afirmarse sin lugar a dudas que Michel de Certeau es un autor con derecho de residencia en el mundo de los Estudios Culturales. A continuación se anotará que Michel de Certeau se doctoró en Ciencias Religiosas en 1960, en la Sorbona, bajo la dirección de Henri Gouhier, reputado estudioso de la obra de Malebranche. Finalmente, puede concluirse con el hecho de que las obras de Gouhier tienen un sitio muy especial en los dos libros que se reseñan aquí, lo que añadido al dato de que Gouhier fue el sucesor de Gilson en la Academia Francesa, es más que suficiente para considerar que

la conexión está servida. Aunque se podría haber sido más breve ya que el mismo Certeau tiene en cuenta las obras de Gilson en su importante trabajo sobre la mística: *La fábula mística*.

Más allá de esta pequeña broma legitimatoria, creo que la lectura de estas dos obras de Gilson tiene mucho que ofrecer a un lector de hoy. No sólo porque sus temas, de un modo u otro, son los mismos que los nuestros, sino porque en la forma en que han cristalizado suponen hoy ejemplares de una extinta especie de producto filosófico, y esto hace que acercarse a ellos tenga mucho de expedición y de aventura. No afirmo que el trabajo de Gilson no esté desfasado, sino que es una buena lectura para todos aquellos que somos conscientes de que nuestra formación preparatoria para filosofar es todavía insuficiente.

En *La unidad de la experiencia filosófica* el autor nos ofrece un breve pero intenso repaso a la historia de la filosofía. Su estilo es claro, libre, hermoso, gracias también a una muy buena traducción que sólo se hace notar en pequeños detalles (algunas traducciones del verbo *ser*). Además tiene el valor añadido de que sus palabras no cargan con el peso de la posmodernidad —aún no huelen a Hiroshima, Auschwitz o Heidegger— y tienen el tintineo del razonamiento aristotélico. Su lectura adentra al lector en las fascinantes ruinas del pensamiento medieval, y las figuras de Abelardo o Tomás de Aquino, (¡Tan presente y tan desconocido!), toman ante sus ojos una nueva compostura y dignidad dejando de ser iconos para ser lo que fueron: filósofos. De igual modo, las páginas dedicadas a Montaigne, Descartes y Malebranche aúnan el conocimiento erudito, la admiración, la crítica y el orgullo patrio de Gilson.

El espíritu de la Filosofía Medieval es un texto denso que precisa una lectura disciplinada, pero que a la vez nos ayuda a colocarnos en el lugar de todos aquellos filósofos para los que la noción de sistema ha sido tanto o más importante que la más importante de sus aportaciones originales. La detallada trabazón de todas y cada una de las afirmaciones que conforman una filosofía cristiana se presenta en el texto con un acusado protagonismo de Tomás de Aquino —como no podía ser de otro modo— pero sin olvidar a ninguno de los pensadores centrales de la patrística y el Medioevo: Agustín, Boecio, Abelardo o Buenaventura.

En ambas obras la capacidad asertiva de Gilson es notoria y le coloca del lado de aquellos filósofos que se sienten capaces de hacer afirmaciones, de defender que sus posiciones tienen una estrecha relación con la verdad. El contraste con los paladines de la negatividad, con aquellos cuyas palabras son siempre preguntas, no puede ser más notable. Y en ese contraste se libra una batalla (¿Interminable?) acerca de la noción de verdad que, a pesar de los esfuerzos de tantos, sigue siendo central para nuestro día. Hoy, cuando el relativismo campa en todos los órdenes —y no creo que nadie se atreva a negarlo— hay algunas experiencias que impugnan su dominio. El alumbramiento de un niño muerto es una de ellas. No cabe aquí ninguna relatividad. La vida que se esperaba está ausente y la muerte se hace presente de la forma más intensa. Apuntando a las construcciones intelectuales de los filósofos, Gilson hace referencia a esta experiencia que, a su parecer, ilustra bien la situación en la que se encuentra un filósofo que no tiene en cuenta que el discurrir de su pensamiento repite errores cometidos por sus predecesores y toma de nuevo una vía de la que ya se había demostrado su futilidad: “Pero no es infrecuente que uno o dos siglos más tarde, en alguna Universidad donde la historiografía es considerada como perjudicial para la originalidad filosófica, pretenda algún joven, feliz todavía en su nativa ignorancia, volver a descubrir una posición similar. Como vive y escribe en otra época, dice las cosas de un modo nuevo. Pero las cosas son viejas; su filosofía es como un niño que nace muerto y ni él ni sus discípulos son capaces de darle vida” (p. 61). Supongo que no son muchos los lectores de esta reseña que han tenido el difícil deber de presenciar una escena así. Me pregunto si aquellos que sí hemos de vernos con esta realidad cara a cara estamos, de alguna forma, mejor preparados para la educación filosófica.

Juan Diego González Sanz